

La formación del *koinon* como espacialidad social. Los aqueos durante el siglo III a. C.

Javier Núñez

Universidad de Buenos Aires
javiern1991@gmail.com
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas
Instituto de Investigaciones Gino Germani
ORCID: 0000-0003-1738-7881

Recibido: 20.03.2023 – **Aceptado:** 13.09.2023

Resumen: El artículo analiza la expansión del *koinon* aqueo a mediados del siglo III a. C. y su crisis durante la guerra de Cleómenes. Se sostiene que la noción de espacialidad social brinda una clave explicativa para comprender los arreglos territoriales de estados federales helenísticos vinculándolos a los entramados personalizados que regían las relaciones entre polis, *koinon* y grandes reinos durante ese período. De esta manera, los diferentes alineamientos de las polis pueden ser comprendidos a partir de una espacialidad común, que resalta la trayectoria de ciertos mediadores situados entre distintos campos de interacción.

Palabras clave: polis helenística – *koinon* – aqueos – espacialidad.

THE *KOINON* FORMATION AS SOCIAL SPACE. THE ACHAEANS DURING THE THIRD CENTURY BC

Abstract: The article analyses the expansion of the Achaean *koinon* during the mid-third century BC and its crisis during the Cleomenean War. The notion of social space is considered a key to understand the territorial arrangements of the federal Hellenistic states, which bonded them to personalized networks relating polis, *koinon* and kingdoms during that period. In this way, different alignments of

the polis may be comprehended in terms of a common spatiality, which highlights the trajectory of certain brokers placed between different interaction fields.

Keywords: Hellenistic Polis – Koinon – Achaeans – Spatiality.

“Yo creía que este joven sicionio era libre por naturaleza y amante de su ciudad, pero, al parecer, también sabe apreciar la conducta y los actos de los reyes. Antes, es verdad, nos desdeñaba, alimentando sus esperanzas fuera, y admiraba las riquezas de Egipto, oyendo hablar de sus elefantes, de sus flotas, de sus palacios; pero ahora que ya, al mirar tras la escena, ha comprobado que todas esas cosas son farsa y aparato teatral, ahora se vuelve por entero a nosotros. Tomo a este joven bajo mi protección, recomiendo que me serviré de él en cualquier momento y os pido que le consideréis vuestro amigo” (Plutarco, Arato, 15, 1-3).

“Sería imposible encontrar un régimen de igualdad política y de libertad de palabra más puro que el de que prefieren los aqueos. Entre los peloponesios hubo algunos que lo eligieron libremente, a muchos les atrajo su poder de persuasión y su racionalidad. Otros, en fin, se vieron obligados a adoptarlo” (Polibio, II, 38, 6-7).

Introducción

Los dos pasajes difícilmente parecieran apuntar a un mismo proceso. Las supuestas palabras de Antígono Gónatas sobre Arato de Sición se apartan de la imagen de campeón antitiránico, responsable de la expansión del *koinon* aqueo que presentan Polibio o Plutarco: inmerso en las redes de interacción que vinculaban a las polis con grandes reinos helenísticos, Arato habría sido antes que nada un participante en extremo pragmático, aunque dispuesto a aceptar una —por lo menos moderada— subordinación a monarcas provistos de recursos inalcanzables para las ciudades del sur de Grecia. Lejos de la disyuntiva entre el Arato cortesano y el defensor de la

polis, el fragmento de Polibio categoriza tres accesos al *koinon*. Mientras que las elecciones voluntarias o forzadas parecen sencillas de comprender, ¿qué implicaba ingresar a través de la “persuasión” y la “racionalidad” si se trata de formas ajenas a los polos opuestos del consenso y la coerción? Las ambigüedades de la política helénica del siglo III a. C. no solo tomaban cuerpo en la trayectoria de sus protagonistas sino en los complejos equilibrios entre instancias locales y federales.

Dos amplias agendas divergentes de investigación en torno al período helenístico podrían ser resumidas en esas citas. Por un lado, la que remite a los entramados personalizados —como *xenia* (Hermann, 2002) y *philia* (Mitchell, 2002)— que hilvanaban al Mediterráneo oriental, mediando entre reyes y ciudades, complejizando entornos cortesanos (Ma, 1999; Strootman, 2007) y dinámicas sociopolíticas internas a las polis (Ma, 2003; Paschidis, 2008). Por otro lado, el estudio de la proliferación de los Estados federales en Grecia entre los siglos IV y II a. C., que permitieron ampliar la autonomía de las polis frente a las potencias de la época (Funke, 2015; MacKil, 2013; Rizakis, 2015).

Aquí, se explorará la integración de estas dos líneas de indagación a partir del análisis de la formación del *koinon* aqueo. Se sostendrá que la noción del Estado como espacialidad social (retomada de Mann, 1997), aporta una clave explicativa para comprender tanto la expansión de ese *koinon* durante el siglo III a. C. como su posterior alineamiento con el Reino de los macedonios durante la denominada Guerra de Cleómenes.

Esta dimensión de la estatidad supone la articulación de un campo, la consagración de ciertos actores como oficiales y el cierre de las interacciones posibles en torno a fronteras más o menos porosas (Mann, 1997; Bourdieu, 2014). De esta manera, el Estado no solo genera una serie de jerarquías sino que integra grupos sociales de diferentes zonas en ellas. La construcción de territorialidad no supone, entonces, únicamente el efecto de la formación del Estado sino un proceso que lo alimenta.

El devenir tanto de reinos como *koina* puede ser comprendido a partir de configuraciones semejantes de la espacialidades sociales. Estos conjuntos de interacciones vinculaban a las poleis entre sí o con estructuras de mayor alcance —como las hegemónicas por un monarca—. Así, la distinción entre procesos de integración más horizontalistas o, por el contrario, asimétricos, resulta discutida por la presencia de una espacialidad que da cuenta del carácter multidimensional de las interacciones de la polis helenística, provisto, empero, de una serie de repertorios comunes y personificados en agentes que —como Arato— integraban más de una arena. En consecuencia, resultados institucionales divergentes —*koinon* o subordinación a reinos— pueden ser comprendidos a partir de esta forma común.

La expansión aquea en el Peloponeso y su posterior subordinación a Macedonia involucraron procesos y prácticas similares, que actualizaron formatos y campos de interacción. El desarrollo del *koinon* como espacio social complementa, así, las explicaciones de su formación que resaltan factores culturales, religiosos o económicos o que colocan el acento sobre las diferentes estrategias que permitían conciliar las instancias federales y locales de este tipo de territorialidades (MacKil, 2013; Funke, 2015).

El Estado como espacio social: algunas precisiones conceptuales

Los Estados federales de tiempos helenísticos fueron interpretados tradicionalmente como una respuesta helénica a la “crisis de la polis”: los griegos habrían recurrido a los *koina* como respuesta a su debilidad frente a las potencias de la época (Will *et al.*, 1998). Esta mirada solía complementarse con un análisis eminentemente institucional, que describía cómo se resolvían las tensiones entre instancias federales y locales (Ehrenberg, 1960). Si bien se reconocían factores étnicos como antecedentes de los *koinon*, se tendía a privilegiar fuertemente el tratamiento de su organización

política (Larsen, 1968). En las últimas décadas, estos abordajes han sido criticados por la escasa atención prestada a las interacciones económicas, culturales y religiosas entre las polis (MacKil, 2013; Hall, 2015). Al mismo tiempo, se han remarcado las diferencias entre distintas formas de organización territorial que también suponían nucleamientos suprapolis pero no un *koinon*: ethnos (McInerney, 2013), monarquías (Hatzopoulos, 1996) o simaquías (Figueira y Jensen, 2013).

En paralelo, desde mediados del siglo pasado se ha otorgado mayor atención a las polis ubicadas en los reinos helenísticos. La perspectiva de una total subordinación de estas ciudades a los monarcas fue gradualmente reemplazada por los márgenes de relativa autonomía y negociación que conservaban (Ma, 1999; LaBuff, 2016). Los formatos que regían estas interlocuciones han sido caracterizados como una “interacción de políticas entre pares”, que las polis escenificaban entre sí o con monarcas (Renfrew, 1986; Ma, 2003). La recuperación de las instituciones de *xenia* (Hermann, 2002) y *philoí* (Mitchell, 2002) ha aportado a una comprensión detallada de estas prácticas. Así, la organización territorial de los grandes reinos helenísticos puede ser, aunque sea parcialmente, caracterizada a partir de entramados personalizados que regulaban las relaciones entre ámbitos locales y las cortes (Strootman, 2007). Los ciudadanos que mantenían relaciones de *xenia* con monarcas podían convertirse en mediadores entre esos espacios, personificando la unión entre distintos ámbitos de interacción. Su posición social devenía necesariamente multidimensional, colocándolos en una escala de interlocuciones que excedían al plano local pero conservaban un anclaje en él, permitiéndoles validar su importancia en el ámbito cortesano (Paschidis, 2008). La diversidad de campos de los que participaban estas figuras son fundamentales para comprender el desarrollo del *koinon* aqueo. A su vez, explican las complejas trayectorias de algunas de sus figuras más importantes, entre las que, ciertamente, destaca Arato.

Ahora bien, en relación a las polis del sur de Grecia, se han estudiado reiteradamente los patronazgos llevados a cabo por los monarcas helenísticos y figuras locales prominentes (Ma, 2000; Oliver, 2007; Paschidis, 2008), así como la importancia de honores cívicos o sus efectos sobre los regímenes políticos (Veyne, 1990; Domingo Gygax, 1994). Sin embargo, se ha prestado menos atención a su relación con los *koina* helenísticos. Como resultado, se tiende a suponer un contraste excesivo entre las espacialidades de los entramados federales y los grandes reinos, como si unos se caracterizaran por un crecimiento horizontalista y otros por una voluntad verticalista de mantener el dominio monárquico. Más allá de los intereses de los actores y de los desiguales balances entre territorios, los *koinon* también contenían asimetrías y jerarquías, enmarcadas en repertorios de interacción entre unidades políticas que los trascendían.

Desde la perspectiva de este trabajo, este problema puede ser abordado colocando el foco en la dimensión del Estado en tanto espacialidad social. Siguiendo a Mann, la organización territorial del Estado no solo supone su rol en cuanto actor sino la vinculación de grupos en torno a un espacio de interacciones (Mann, 1997). Ahora bien, en cuanto espacio estatizado, la territorialidad también establece asimetrías y jerarquías simbólicas, consagra diferencialmente a sus integrantes y consolida umbrales y fronteras (Bourdieu, 2014).

Al mismo tiempo, en el contexto helenístico, las espacialidades sociales del sur de Grecia adquirirían rasgos particulares. Como se verá en el análisis, la imbricación del desarrollo estatal como espacio social con el repertorio de formas personalizadas de vinculación entre polis o con potencias del Mediterráneo oriental generaba estatidades inestables, con fronteras porosas. En consecuencia, actores que formalmente no pertenecían a un arreglo territorial (por caso, una polis o un *koinon*) podían tener una participación clave a su interior, valiéndose de sus interlocuciones con facciones ciudadanas o notables locales. La expansión del *koinon* aqueo y su crisis durante la Guerra de Cleómenes destaca como un caso extremo de

esta porosidad, permitiendo tanto un rápido crecimiento como una fugaz —aunque temporal— descomposición.

A su vez, estos repertorios tramitaban posibles subordinaciones de unidades políticas de poco peso a otras de mayores recursos, aun conservando interlocuciones que escenificaban una paridad entre actores (Ma, 1999). Así, abordar el *koinon* aqueo como espacialidad social destaca su particular configuración sociológica que explica tanto la expansión como la posterior subordinación a Macedonia.

Finalmente, el carácter personalizado de estas interlocuciones y su actualización en espacialidades sociales estatizadas pero inestables aporta elementos para comprender las trayectorias de los mediadores locales, incluyendo sus alineamientos y el modo en que lograban construir preeminencias de escala regional.

Antes de Arato: los aqueos en los siglos V a III a. C.

El territorio original de los aqueos se situaba en el norte del Peloponneso, ocupando una estrecha franja costera, limitando con Sición en el este y con la Élide al suroeste. Escarpada y de difícil acceso, la costa proveía de escasos puertos de importancia, relegando a sus habitantes a una posición marginal.

Al igual que los etolios, los aqueos ocupan una posición periférica —sino ausente— en las fuentes histórico-literarias que narran la denominada época clásica (MacKil, 2013). Polibio hipostasia la organización territorial aquea varios siglos antes de su expansión (Polibio, 2, 38-39), en el contexto de la colonización aquea en Magna Grecia. Pausanías presenta una perspectiva similar (7, 7, 1). Empero, no existe evidencia empírica que avale la existencia de un *koinon* en el siglo V (MacKil, 2013) y la descripción de una constitución democrática realizada por Polibio refleja en exceso a las

formas políticas de su tiempo. En cambio, Heródoto da cuenta de una división en partes —a las que llama *merea*— avalando una etnicidad común, contrapuesta a dorios y jonios (1, 145), que los vinculaba mitológicamente a otros pueblos del Peloponeso (Plutarco, Arato, 9,7; Pausanías, 7, 6,1). Varios siglos después, tanto Estrabón (8, 7, 1) como Polibio (2, 41, 7) mencionaron una división en doce ciudades. Empero, la ausencia de otras fuentes y el término empleado por Heródoto para presentar esta segmentación han generado interrogantes respecto a la fiabilidad de su descripción (Morgan, 2003). Resulta probable que recién durante el siglo V a. C. los aqueos hayan atravesado un proceso de creciente urbanización, que potenció los contactos entre sí y con otras polis del sur de Grecia (MacKil, 2013). Las interacciones y movibilidades a través del golfo de Corinto habrían motorizado la formación de una identificación común (Morgan, 2003). En tanto, el crecimiento del culto a Zeus homerío consolidó este proceso (Hall, 2005).

Al finalizar la guerra entre Atenas y Esparta, la posición aquea era favorable a los lacedemonios. Empero, no participaron activamente en su alianza, como las demás polis del Peloponeso, a excepción de Argos. En las primeras décadas del siglo IV a. C., los aqueos se involucraron más activamente en las disputas regionales, al tiempo que intentaron cierta expansión al otro lado del golfo de Corinto. Jenofonte menciona su rol en la Guerra de Corinto (Jenofonte, Helénicas, 4, 6, 1-2), en la *stasis* de la Élide en la década del 370 a. C. (Jenofonte, 7, 4, 13-15), así como una expedición tebana comandada por Epaminondas (Jenofonte, 7, 1, 41-42). Un contingente aqueo participó de la batalla de Mantinea, en el 362 a. C. en oposición a Tebas (Jenofonte, 7, 5). Este creciente involucramiento en las disputas helénicas no constituyó una respuesta unificada, al modo del *koinon* helenístico: posiblemente se tratara de intervenciones realizadas por algunas polis en particular (MacKil, 2013).

La hegemonía macedonia interrumpió estos desarrollos. Primero, Filipo II expulsó a los aqueos de Naupacto (Rzepka, 2004). Demetrio y Casandro establecieron guarniciones y tiranos en varias de las ciudades y el

koinon fue disuelto por las disensiones entre polis (Polibio, 2, 41, 9). Hacia el 280 a. C., los aqueos volvieron a federarse gradualmente. Las instituciones comunes —ciudadanía, magistrados, ejércitos, sistemas de pesos y medidas— probablemente daten de esta etapa tardía, quizá bajo la influencia de los modelos beocio y, en especial, etolio (MacKil, 2013).

A pesar del marco espacial relativamente restringido de los aqueos, cabe aclarar que las ciudades del Peloponeso incorporadas al *koinon* durante el siglo III a. C. sí habían atravesado una extensa historia de simaquías (Figueira y Jensen, 2013), que los subordinaron a diversos hegemones de turno. La Liga Espartana data de por lo menos el siglo VI a. C. y —aún con varias crisis durante el siglo V a. C.— logró aglutinar a buena parte del Peloponeso (Cartledge, 2004). La breve hegemonía tebana también favoreció la formación de *koina*, como el de los arcadios, e incentivó los intercambios políticos y militares entre polis. Finalmente, la primacía macedonia y las luchas entre los diadocos no solo situaron a las ciudades del sur de Grecia en nuevas alianzas —como la denominada Liga de Corinto— sino que las obligaron a lidiar con una arena de interacciones de mayor alcance, en la que unos pocos reinos contaban con recursos que excedían en mucho a los de las polis. Por lo menos desde el enfrentamiento entre Casandro y Poliperconte (318 a. C.), el Peloponeso experimentó combates recurrentes, a los que se sumaron fuerzas antigónidas y ptolemaicas. A pesar de sus efectos disolventes sobre la autonomía de las polis, las guerras de los generales macedonios densificaron el espacio social regional, sin por eso clausurar sus fronteras. Por el contrario, magnificaron las instancias de mediación de las facciones de notables locales, situados entre sus conciudadanos, otras polis y las cortes helenísticas (Paschidis, 2008).

Por lo tanto, la expansión de los aqueos tuvo su centro en un área periférica del Peloponeso pero se desarrolló en una zona central para las disputas del Egeo, que contenía una extensa trayectoria de arreglos territoriales, aunque más flexibles y menos igualitarios que los de un Estado federal. A su vez, no era ajena a los grandes balances entre potencias helenísticas, que

situaban a ciertos actores en la condición de mediadores entre monarcas y ciudades.

La expansión aquea: alineamientos, mediadores y espacialidades

La descripción clásica sobre la expansión aquea —que puede encontrarse en Polibio (2, 43) y Plutarco (Arato, 26)— resaltaba a la figura de Arato, imputándole una estrategia antitiránica y opuesta a Macedonia subyacente a cada una de sus acciones. Esta narrativa sigue teniendo cierta continuidad, de modo que las reconstrucciones usuales del período suelen estar centradas en Arato y en sus relaciones con los monarcas (por ejemplo, Walbank, 1984). En cambio, en perspectivas más centradas en las instituciones del *koinon*, el foco suele colocarse en los equilibrios entre instancias federales y de las polis, convirtiendo a acontecimientos puntuales en ejemplos de ese balance.

En esta sección, se esbozará recolocar a Arato y a los aqueos en el campo de interacciones del Peloponeso, interpretando la expansión del *koinon* como una configuración de ese espacio social antes que como el producto de una cruzada opuesta a la tiranía o una consolidación gradual de las ventajas de los Estados federales. Siguiendo esta línea, Arato puede ser considerado como un mediador de peso —pero uno al fin— entre distintas instancias, desde una polis en particular (Sición) hasta la instancia federal aquea y las cortes helenísticas. Como se mencionó, explorar esta clave interpretativa permite reconocer semejanzas entre los procesos que integraban arreglos territoriales divergentes (federales o monárquicos). La importancia de mediadores personalizados que actualizaban diversas interlocuciones da cuenta de espacios sociales solapados, con fronteras porosas entre sí. A la inversa, la participación en esta diversidad de ámbitos podía

dotarlos de una posición social relativamente única, que impulsaba su trayectoria, aproximándolos a una preeminencia local o, incluso, regional.

Arato no era solo el hijo de un arconte de Sición, asesinado por el tirano Abántidas (Plutarco, Arato, 2, 1-2). Su padre tenía relaciones de *xenia* con Antígono Gónatas y con los ptolomeos, lo que muestra cierto interés de estos reinos por la polis próxima a Corinto así como la imbricación personalizada entre las facciones dominantes de la ciudad y los amplios círculos de los monarcas helenísticos. Durante las guerras entre los sucesores de Alejandro, Sición había sido ocupado por Ptolomeo I (Diodoro, 20, 102) y luego por Demetrio (Plutarco, Demetrio, 25, 1), quien la refundó (Pausanias, 2, 7, 1). Las tiranías posteriores habían tenido por lo menos la aceptación tácita de los antigónidas (Walbank, 1984). Arato debe haber guardado cierta expectativa de actualizar estos lazos a su favor, en tanto pidió ayudas a ambas cortes (Plutarco, Arato, 4, 3). Sin resultados, expulsó con un pequeño grupo al tirano Nicocles de Sición. Ni el derrocamiento ni las rivalidades previas alejan a Sición del contexto regional, aunque las vinculaciones de la familia de Arato con las dos cortes sí marcan cierta particularidad (Paschidis, 2008).

Luego de un período de inestabilidad, decidió unir a su ciudad al *koinon* aqueo, convirtiéndose en la primer polis en integrarse por fuera de las doce originales. Pocos años después, fue elegido *strategos* de la liga, magistratura que ocupó repetidas veces (Polibio, 2, 43).

La trayectoria de Arato en estos primeros años contiene varios rasgos típicos del período helenístico, difuminados tras una decisión hasta entonces anómala —unirse a Sición a un *koinon* de etnicidad diferente—. Las interlocuciones simultáneas con distintos monarcas, la influencia de actores externos a las polis —concreta o como expectativa—, el alineamiento de figuras prominentes locales con potencias poderosas o la carrera posterior de Arato a escala federal dan cuenta de la importancia de formas personalizadas vinculando unidades políticas entre sí (Ma, 2003). Estas

prácticas elaboraban un ethos de paridad que generaba un borramiento simbólico de las jerarquías entre interlocutores. Ahora bien, en la trayectoria inicial de Arato, estas asimetrías operaban en dos sentidos. Por un lado, como ciudadano de Sición, se encontraba en una posición subalterna a los monarcas, que podían elegir aceptar o no sus solicitudes. Sin embargo, la ausencia de guarniciones macedonias y la competencia entre antigónidas y ptolemaicos en el Peloponeso daban a Sición —o a Arato— una mayor autonomía en relación a estas cortes. A su vez, los notables locales podían hacer valer su apoyo. Por caso, los regalos de Gónatas (Plutarco, Arato, 15) se explican por la proximidad a Corinto, que se encontraba bajo la rebelión de Alejandro, quien ya había logrado vencer un ataque macedonio (Paschidis, 2008).

Por otro lado, el propio Arato, al incorporarse al espacio social aqueo, ocupó una posición asimétrica respecto a sus pares. Como *strategos*, no solo dirigía ejércitos comunes —con desigual éxito (Plutarco, Arato, 16)— sino que personificaba una magistratura federal, que supera los contornos políticos de su polis de origen. Así, en términos personales, el ingreso al *koinon* aqueo inauguraba una auténtica carrera política, con mayores posibilidades que las de su ciudad. Como marca Paschidis (2008), más allá de los múltiples cambios de postura, el único elemento constante en la biografía de Arato es la continua búsqueda por profundizar —o conservar— cierta preeminencia regional.

Las decisiones de Arato se inscribían en las configuraciones sociales de su tiempo. Su trayectoria estuvo lejos de ser única. Otros dos casos resultan comparables: Lidíades de Megalópolis y Aristómaco de Argos. Tras la caída de Corinto y la adhesión de varias polis a los aqueos (Fliunte, Megara, Epidauro, Trecén), la situación de los tiranos promacedonios se había vuelto inestable (Walbank, 1984). En este marco, los dos tiranos pactaron su incorporación al *koinon* aqueo.

A pesar de ser de Megalópolis, Polibio brinda escasas referencias de Lidíades. La ciudad había sido gobernada por tiranos por lo menos desde tiempos de Casandro, cuando Damis se mantuvo fiel a él durante un asedio realizado por Poliperconte (Diodoro, 18, 70-72). Lidíades se había alineado con los antigónidas, hasta que su posición devino difícil de sostener en los años posteriores a la muerte de Antígono Gonatas. Para Polibio, su decisión de integrar el *koinon* aqueo fue “prudente y realista” (2, 44, 5). Plutarco, en tanto, convierte al alineamiento en una auténtica metamorfosis personal: Lidíades había decidido convertirse “evérgeta de su patria” (Plutarco, Arato, 30, 3).

En cambio, la trayectoria de Aristómaco II de Argos puede ser reconstruida con mayor precisión. Aristipo había sido un oficial antigónida en las guerras contra Casandro, tomando parte en el sitio de Atenas por Demetrio que siguió a la derrota de Ipsos (Paschidis, 2008). Aristómaco heredó su mando de tropas argivas, convirtiendo a su familia en una suerte de dinastía gobernante, por lo menos por un par de generaciones. Ahora bien, en modo alguno se trataba de un títere macedonio. Argos tuvo cierta autonomía de Antígono durante la campaña contra Alejandro (Paschidis, 2008). Aprovechando el apoyo de facciones argivas —donde, al fin y al cabo, había estado exiliado (Plutarco, Arato, 6)—, Arato intentó asesinar a Aristómaco. Cuando finalmente lo hicieron sus esclavos, los aqueos fracasaron en ocupar la ciudad y Aristipo tomó la tiranía. Al morir poco después, fue sucedido por su hermano, Aristómaco II. Su posición al frente de Argos empeoró con la crisis sucesoria macedonia tras la muerte de Demetrio II (Polibio, 2, 44, 4; 2, 60, 6). Al igual que otros tiranos, Aristómaco accedió a cambio de una paga para sus mercenarios (Plutarco, Arato, 35, 2).

Si bien apremiados por la coyuntura, ni Lidíades ni Aristómaco se habían rendido a los aqueos: por el contrario, participaron del espacio federal como actores plenamente legítimos. Al igual que para Arato, este alineamiento inauguró una carrera a escala peloponesia. Aristómaco y Lidíades fueron *strategos* del *koinon* al poco tiempo de haber pactado su incorporación

(Polibio, 2, 44, 5-6; Plutarco, Arato, 35, 5) e, incluso, tuvieron un fuerte protagonismo en algunas campañas militares (Polibio, 2, 51). Además, en el caso de Lidíades, su papel se vinculó a la promoción de los intereses de Megalópolis, necesariamente opuestos a Esparta (Walbank, 1984). En la mirada de Plutarco, la rivalidad entre Arato y Lidíades resultaba evidente, lo que da cuenta de la conformación de una auténtica arena de disputa a escala federal, en la que actores locales —llámese tiranos o simplemente notables— podía aspirar a una preeminencia regional, actualizando sus conexiones personalizadas en el marco institucional del *koinon*.

Por lo tanto, la importancia histórica de Arato no impide los paralelismos sociológicamente informados. Su carácter de mediador entre su polis y el *koinon* y con las cortes helenísticas actualizaba las formas políticas de la época, situándolo en un campo en que otros actores podían llevar a cabo prácticas semejantes, dando lugar a trayectorias —aunque sea momentáneamente— análogas.

Al mismo tiempo, las oportunidades políticas que favorecieron la expansión aquea destacan la imbricación de este espacio con dinámicas más amplias: las crisis de Macedonia —la súbita caída de Corinto, el ascenso de nuevos monarcas— impactaban sobre los entramados de lealtades que regulaban el alineamiento de cada polis singular, fuera con un monarca helenístico o con un Estado federal.

En ambos planos —las trayectorias de figuras locales prominentes o la relación con grandes ámbitos de interlocución política—, el prisma de la “interacción política de pares” (Renfrew, 1986; Ma, 2003) resulta fructífero para dar cuenta del formato de estas prácticas pero no consigue resaltar el conjunto de asimetrías simbólicas que involucraban. Considerarlas como la configuración de un espacio social provisto de fronteras porosas —dependientes de alineamientos cambiantes— las inscribe en un proceso de formación estatal sin suponer un único resultado. Como se verá en la sección siguiente, las mismas prácticas que impulsaron la expansión del

koinon aqueo podían reformularse para dar lugar a una nueva subordinación a Macedonia.

Crisis y realineamiento

La guerra de Cleómenes (229-222 a. C.) no solo interrumpió la expansión del *koinon* aqueo sino que lo situó en una crisis que reformuló las relaciones entre la instancia federal y las polis, así como invirtió el alineamiento de la Liga respecto a las potencias helenísticas.

Durante el reinado de Cleómenes, Esparta había retomado una serie de reformas iniciadas por su predecesor Agis. Dichas reformas pueden sintetizarse en tres grandes dimensiones: condonación de deudas y redistribución de la tierra, modernización militar y consolidación de la monarquía, incluyendo la disolución de los Éforos (Cartledge, 2004). Los lacedemonios habían sido aliados de los aqueos durante el reinado de Agis —quien participó de una campaña de Arato (Plutarco, Agis-Cleómenes, 14-15)— y compartían el patrocinio del Egipto ptolemaico. Sin embargo, el ascenso de Megalópolis al *koinon* reformuló los balances regionales. A principios de su reinado, Cleómenes se había visto envuelto en un conflicto, al parecer por decisión de los Éforos (Plutarco, Agis-Cleómenes, 24). La profundización del conflicto le dio una oportunidad de consolidar su precaria posición interna al tiempo que llevó al desmoronamiento fugaz de los aqueos.

Las capacidades militares lacedemonias no deben ser exageradas, como si Cleómenes hubiera estado planificando detalladamente una expansión regional (Paschidis, 2008). Sin embargo, el escaso grado de clausura de las fronteras entre el espacio social espartano y el del *koinon* aqueo desbalancearon los equilibrios entre ellos. Así, las particularidades de la territorialidad regional aportan una clave para comprender los rápidos cambios de posición durante el conflicto. La porosidad de las demarcaciones

entre unidades políticas de distinta escala (local, regional, extraregional) así como el carácter personalizado de los intercambios entre ellas resultan fundamentales para comprender el curso de los acontecimientos.

Las razones de la crisis aquea han sido usualmente explicadas en términos de las simpatías del programa que Cleómenes había aplicado en Esparta: las medidas económicas habrían encontrado apoyo en las facciones ciudadanas subalternas de las polis del Peloponeso, gobernadas por las terratenientes que dirigían la Liga Aquea (Cartledge, 2004; Walbank, 1984b). Esta interpretación se encontraba ya en Plutarco (Plutarco, Agis-Cleómenes, 41, 7), mientras que Polibio —de mayor simpatía por Arato— apenas dice que Cleómenes convencía o aterrorizaba ciudades (2, 52, 1).

Ahora bien, sin impugnar necesariamente la importancia de esa dimensión económica, cabe notar que los dos casos mejor conocidos de rendición voluntaria a Cleómenes (Argos y Corinto) no resultan sencillos de conciliar con esa explicación. En cambio, la crisis aquea parece dar cuenta de una reformulación de las dinámicas territoriales helenísticas.

El relato de la defección argiva se encuentra irremediabilmente impregnado de la propaganda favorable a Arato (Moreno Leoni, 2015). La extensión que Polibio le dedica a Aristómaco en su discusión con el historiador Filarco exhibe que las memorias sobre el comportamiento de los argivos distaban de ser homogéneas (Polibio, 2, 59-60). En la perspectiva de Polibio, el tirano protagonizó la adhesión de su polis, alineándola por primera vez con Esparta (Polibio, 2, 60, 6). Plutarco no enfatiza el rol de Aristómaco, aunque sí menciona el descontento argivo con Cleómenes, tras no cumplir con la condonación por deudas (Plutarco, Agis-Cleómenes, 41, 7). Sin embargo, cabría dudar de qué tanto esas demandas fueron motorizadas por quien había sido un tirano promacedonio, luego devenido en *strategos* del *koinon* aqueo. Más allá de su protagonismo, las fuentes sí concuerdan en el carácter relativamente espontáneo de la adhesión a Cleómenes: así como Argos había ingresado voluntariamente al *koinon* aqueo,

por lo menos algunas facciones ciudadanas habían optado por cambiar este alineamiento.

En el caso de Corinto, las sospechas de un acuerdo con Macedonia — que eventualmente exigiría el Acrocorinto— parecen haber pesado. En el extenso tratamiento que da Polibio, las negociaciones con Antígono Dosón ya habían comenzado antes de las victorias espartanas, solo que Arato se mantenía oficialmente al margen mientras unos delegados megapolitanos trataban con el monarca (Polibio, 2, 48). Los corintios se habían convertido en unos integrantes incómodos para los aqueos —o para Arato— en tanto impedían en última instancia un acuerdo con Macedonia (Polibio, 2, 52). La adhesión de Corinto a Cleómenes no dejó a Arato en una escenificación de su impotencia (Polibio, 2, 52, 3-5), sino en una situación humillante, como describe Plutarco (Plutarco, Agis-Cleómenes, 40, 3).

En todo caso, el comportamiento corintio no puede ser comprendido al margen de las dilatadas interacciones que regulaban el espacio social regional. La negociación entre aqueos y espartanos era incompatible, en última instancia, con la preeminencia de Arato en el *koinon*. Según Plutarco, Cleómenes demandaba cierto carácter de *hegemón* regional (Plutarco, Agis-Cleómenes, 37), lo que necesariamente implicaba un desplazamiento de Arato (Paschidis, 2008). Para este último, la negativa a cualquier acuerdo —amen de su interés personal— tenía por condición de posibilidad la multidimensionalidad de su figura como mediador: sin las negociaciones simultáneas con Antígono, Arato solo podría haber cedido ante Cleómenes. Desde luego, esta duplicidad tensionaba la propia unidad del *koinon*: la defección de argivos, corintios y otras polis cercanas (Trecén, Epidauro, Fliunte) a Esparta muestran que la postura de Arato distaba de ser universalmente compartida.

En conjunto, la crisis aquea en la Argólida asemeja a un reverso de la expansión previa: así como Megalópolis y Argos habían sido “persuadidas” de entrar al *koinon* —por retomar la expresión de Polibio en el acápite—,

ahora se habían realineado, recomponiendo el inestable espacio social del Peloponeso. El formato de estos desplazamientos tuvo mayor continuidad que las razones que pueden haberlos impulsado. Como con la expansión aquea de las décadas anteriores, elementos de índole militar se intercalaron en el reacomodamiento de posiciones y contornos en torno a un espacio social crecientemente integrado pero inestable en términos de cómo se organizaban sus asimetrías internas y quiénes las personifican.

En efecto, durante la fase expansiva del *koinon*, sus jerarquías internas resaltaron el peso de ciertos mediadores entre la instancia federal y las polis (Arato, Lidíades, Aristómaco), mientras que las potencias helénicas guardaron un papel limitado; los antigónidas fueron expulsados del Peloponeso y los ptolemaicos ejercieron un rol de hegemón simbólico (Plutarco, 24, 4). La rapidez de la desintegración no solo quebró su unidad interna sino la capacidad de este espacio social por regular sus fronteras.

En este marco, los lacedemonios —o aunque sea Cleómenes— pretendieron reformular las asimetrías regionales a su favor, exigiendo a los aqueos el mando militar (Plutarco, Arato, 38, 8-9). Como es conocido, Arato acordó los mismos términos con Antígono Doson, quien comandó la campaña contra los espartanos. Los resultados de esta decisión impactaron sobre la relación con Macedonia, sobre los equilibrios entre instancias federal y local y sobre la propia figura de Arato.

La supervivencia del *koinon* modificó su territorialidad de la mano de ciertas concesiones a Antígono. El Acrocorinto volvió a estar guarnecido por los macedonios mientras que otras fuerzas se instalaron en Orcómeno, Megara fue separada de la liga y los ejércitos del *koinon* quedaron, en la práctica, subordinados a la campaña militar de Macedonia contra Esparta. Esta última condición distaba de ser coyuntural: durante el reinado de Filipo V, los aqueos volverían a participar activamente de sus campañas, con tropas o recursos (Polibio, 4, 10). Posteriormente a la batalla de Selasia y a la reorganización espartana, Antígono formó una simaquía a escala helénica,

que los aqueos integraron junto con otros Estados federales alineados a la corte macedonia (Walbank, 1984b).

Los equilibrios internos del *koinon* también fueron reformulados, acompañando distintos tipos de sanciones a quienes se habían aliado a los espartanos. Mantinea, que había oscilado entre aqueos, etolios y lacedemonios, fue saqueada y sus ciudadanos fueron vendidos (Polibio, 2, 58). Las sanciones a Argos destacan por una nueva reconfiguración de los entramados personalizados. Plutarco menciona la persistencia de una facción favorable a Arato, comandada por Aristóteles, que se rebeló contra Cleómenes (Plutarco, *Agis-Cleómenes*, 41-42). Recuperada la ciudad, Arato incentivó a sus ciudadanos a entregar honores cívicos a Antígono y a cederle los bienes de Aristómaco (Paschidis, 2008).

Muertos Lidíades y Aristómaco durante la guerra, Arato consolidó su preeminencia a pesar de la crisis. En sus últimos años, combinó los roles de cortesano macedonio con interlocutor privilegiado del *koinon* aqueo. Su influencia durante el resto del reinado de Antígono Doson y los inicios de Filipo V no parece haber sido menor. En cambio, la legitimidad de su posición y la mirada de los demás miembros del *koinon* resultan difíciles de precisar. Su predominio regional ya no dependió exclusivamente de los equilibrios entre facciones regionales del *koinon* sino de su ubicación en la corte macedonia (Paschidis, 2008).

De esta manera, el *koinon* en cuanto espacio social provisto de ciertas fronteras y jerarquías internas sobrevivió a su potencial desintegración, al tiempo que quedó subordinado a un entramado de alineamientos más amplios, mediante el cual los antigónidas pretendían una hegemonía sobre Grecia. Las instituciones aqueas sobrevivieron, a pesar de la represión de algunas polis. Arato continuó ejerciendo un papel de mediador entre campos de interacción, sumando su participación frecuente en la corte macedonia.

Conclusión

La dimensión espacial de los Estados helenísticos brinda una clave para integrar el análisis de los entramados personalizados entre unidades políticas con el desarrollo de diferentes arreglos territoriales (*koinon*, reinos) en los que podían encontrarse las polis. La posición social de los mediadores situados entre planos locales, federales y cortesanos no solo permite reconstruir sus trayectorias y alineamientos: informa sociológicamente el devenir de estructuras políticas complejas, sujetas a un entorno de guerras continuas y rivalidades entre grandes reinos.

En este artículo, se exploró esta integración entre líneas de indagación a través de la expansión y crisis del *koinon* aqueo durante el siglo III a. C. La integración territorial de una serie de polis en un Estado federal no fue ajena a la consagración de una serie de jerarquías a su interior, que tramitaban los vínculos personalizados con otras unidades políticas —de distinta escala— del Mediterráneo oriental.

Así, estudiar el desarrollo del Estado federal aqueo en términos de la configuración sociológica de sus interacciones complementa los abordajes centrados en sus instituciones. Al mismo tiempo, los coloca en diálogo con las investigaciones referidas a las ciudades que formaban parte de reinos helenísticos y con los estudios sobre los cambios al interior de la polis.

Referencias bibliográficas

- Bourdieu, Pierre. (2014). *Lecciones sobre el Estado*. Barcelona, Anagrama.
- Cartledge, P. (2004). *Hellenistic and Roman Sparta*. Londres, Routledge.
- Domingo Gygas, M. (1994). “Evergetismo e historia: Paul Veyne y Philippe Gauthier comparados”. *Prometheus* 20, pp. 119-134.
- Ehrenberg, V. (1960). *The Greek State*. Nueva York, Blackwell.
- Figueira, T. y Jensen, S. R. (2013). “Governing Interstate Alliances”. En Hans Beck. (ed.), *A Companion to Ancient Greek Government*, Londres, Wiley-Blackwell, pp. 480-496.
- Funke, P. (2015). “Aitolia and the Aitolian League”. En Hans Beck y Peter Funke (eds.), *Federalism in Greek Antiquity*, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 86-117.
- Hall, J. (2015). “Federalism and ethnicity”. En Hans Beck y Peter Funke (eds.), *Federalism in Greek Antiquity*, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 30-48.
- Hatzopoulos, M. B. (1996). *Macedonian Institutions Under the Kings: A historical and epigraphic study* (2 tomos). Atenas, Kentron Hellēnikēs kai Rōmaikēs Archaïotētos.
- Hermann, G. (2002). *Ritualised friendship and the Greek city*. Cambridge University Press.
- LaBuff, J. (2016). *Polis Expansion and Elite Power in Hellenistic Karia*. Nueva York, Lexington.
- Larsen, J. A. O. (1968). *Greek Federal States*. Oxford, Clarendon Press.
- Ma, John. (1999). *Antiochos III and the cities of Asia Minor*. Londres, Oxford University Press.
- . (2000). “Fighting Poleis of the Hellenistic World”, en H. van Wees (ed.), *War and Violence in Ancient Greece*, Londres, Duckworth, pp. 337-376.
- . (2003). “Peer Polity Interaction in the Hellenistic Age”. *Past and Present*, 180, pp. 9-39.
- MacKil, E. (2013). *Creating a Common Polity. Religion, Economy, and Politics in the Making of the Greek Koinon*. Berkeley-Los Angeles, University of California Press, pp. 326-399.
- Mann, M. (1997). *Las fuentes del poder social*. Madrid, Alianza editorial.
- McInerney, J. (2013). “Polis and koinon: federal government in Greece”. En Beck, H. (ed.), *A Companion to Ancient Greek Government*, Londres, Wiley-Blackwell, pp. 466-479.

- Mitchell, L. (2002). *Greeks Bearing Gifts: the public use of private relationships in the Greek world, 435-323 BC*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Moreno Leoni, A. (2015). “Memoria y tiranía en la Confederación Aquea helenística (s. III-II a. C.)”. *Emérita*, 83, 1, pp. 133-156.
- Morgan, C. (2003). *Early Greek states beyond the polis*. Londres: Routledge.
- Oliver, G. J. (2007). *War, food, and politics in early Hellenistic Athens*. Oxford University Press.
- Paschidis, P. (2008). *Between City and King. Prosopographical Studies on the Intermediaries between the Cities of the Greek Mainland and the Aegean and the Royal Courts in the Hellenistic Period (322-190 BC)*. París, De Boccard.
- Renfrew, C. (1986). “Introduction: Peer policy interaction and socio-political change”. En C. Renfrew y John Cherry, *Peer policy interaction and socio-political change*, Londres, Cambridge University Press, pp. 1-18.
- Rizakis, A. (2015). “The Achaian League”, en H. Beck y P. Funke (eds.), *Federalism in Greek Antiquity*, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 118-131.
- Rzepka, J. (2004). “Philip II of Macedon and ‘The Garrison in Naupactus’. A Re-Interpretation of Theopompus”. *Tyche-Beiträge zur Alten Geschichte, Papyrologie und Epigraphik*, 19, pp. 10-10.
- Strootman, R. (2007). *The Hellenistic Royal Court. Court Culture, Ceremonial and Ideology in Greece, Egypt and the Near East, 336-30 BCE*. Tesis doctoral, Universidad de Utrecht.
- Veyne, P. (1990). *Bread and Circuses: Historical Sociology and Political Pluralism*. Londres, Penguin.
- Walbank, F. W. (1984). “Macedonia and Greece”. En F. W. Walbank, A.E. Astin, M.W. Frederiksen, R. M. Ogilvie, *Cambridge Ancient History, Vol. 7, The Hellenistic world*, Londres, Cambridge University Press, pp. 221-256.
- . (1984b). “Macedonia and the Greek leagues”. En F.W. Walbank, A. E. Astin, M. W. Frederiksen, R. M. Ogilvie, *Cambridge Ancient History, Vol. 7, The Hellenistic world*, Londres, Cambridge University Press, pp. 446-473.
- Will, E. et al. (1998). *El mundo griego y el oriente II: el siglo IV y la época helenística*. Madrid, Akal.

Ediciones y traducciones:

- Balusch Recort, M. (1982). *Polibio. Historias*. Madrid, Gredos.
- Cano Cuenca, J. (1982). *Plutarco. Vida de Arato*. Madrid, Gredos.
- Meana Cubero, M. J, Piñero, F., Vela Tejada, J. y Gracia Artal, J. (1982). *Estrabón: Geografía*. Madrid, Gredos.
- González Caballo, A. (1994). *Heródoto. Historias*. Madrid, Akal.
- González González, M. (1982). *Plutarco: Vidas de Agis-Cleómenes*. Madrid, Gredos.
- . (1982). *Plutarco: Vida de Demetrio*. Madrid, Gredos.
- Herrero Ingelmo, M. C. (1982). *Pausanias. Descripción de Grecia*. Madrid, Gredos.
- Sánchez, J. P. (1982). *Diodoro de Sicilia. Biblioteca histórica*. Madrid, Gredos.